Unas veces la voluntad, que puede provocar el sueño, auxiliarlo ó suspenderlo hasta ciertos límites, se halla en harmonía con la necesidad corporal que el alma siente, y otras nó; mas de ambos modos, esto es, servidora la voluntad de la inteligencia ó del estado orgánico, ó rebelde por algún tiempo y al fin vencida, se llega siempre al mismo resultado; pues constituído el cuerpo por átomos inertes, obedece á la fuerza impulsiva propia de la actividad anímica, al par que está sometido al influjo de los agentes físico-químicos; y cuando aquella actividad se modera, la inercia que le es peculiar sobresale, debilitando sus movimientos totales, por la disminución de una de las fuerzas que los producen.

De donde resulta que el elemento supramaterial, ora activo para moderar el ejercicio de sus potencias, ora sufriendo el influjo de los desórdenes físico-químicos, entra siempre como factor importantísimo en la realización del sueño fisiológico. Lo cual es contrario á los asertos de la escuela materialista que hace depender dicho estado de un trastorno meramente corpóreo, sin que en él tome la más pequeña parte el factor espiritual que anima y gobierna el cuerpo en todas las operaciones vitales.

CAPITULO III.

EN QUE SE TRATA DE LA ORACIÓN COMÚN CONFORME LA DESCRIBE SANTA TERESA DE JESÚS.



A cual, hablando de ella y de otros grados de oración, comienza pidiendo se la perdone el atrevimiento de poner comparaciones al tratar de cosas espirituales; pues los que no saben letras, como yo, dice con gran humildad, han de buscar algún modo.

En esas comparaciones expresa, con la sencillez y exactitud que tanto la distinguen, las dádivas providenciales que necesita pedir y obtener el alma humana para elevarse á todo acto contemplativo y espiritual. Dice así (1): Ha de hacer cuenta el que comienza, que comienza á

hacer un huerto en tierra muy infructuosa, que lleva

⁽¹⁾ Vida de Santa Teresa de Jesús, publicada por la Sociedad Foto-tipográfico-católica, bajo la dirección del Dr. D. Vicente de la Fuente, conforme al original autógrafo que se conserva en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial. Madrid, 1873, capítulo XI, pág. 91.

muy malas yerbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas, y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto cuando se determina á tener oración un alma, y lo ha comenzado á usar; y con ayuda de Dios, hemos de procurar como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas, y tener cuidado de regarlas, para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores, que den de si gran olor, para dar recreación á este Señor nuestro.

¿Qué quiere decir todo esto? No otra cosa sinó que Dios, después de crear al hombre, rico en beneficios naturales sin cuento, y haberle dado con la libertad el medio de hacerse acreedor á una herencia inmensa, le asegura el logro de tamaño bien, auxiliando sus fuerzas constante y paternalmente; pues ilustra su inteligencia y su voluntad con luces interiores que las muestran siempre lo que deben creer, amar y practicar, con el encanto y atractivos de la conciencia satisfecha, y lo que deben rechazar y aborrecer, con la voz y remordimientos del sentido intimo. Además comunica al espíritu cierta inclinación dulce y enérgica que le impulsa al bien, mas de tal modo, que no se merme un ápice la libertad de encaminarse ó no hacia El, que le concedió al crearlo. Por último; que el alma que acepta voluntariamente estos auxilios, y sigue dócil y agradecida el camino que le indican, es el huerto en que Santa Teresa dice que Dios arrancó las malas yerbas de las inclinaciones pecaminosas, y plantó la simiente de las buenas, ó sea de las gracias que la providencia común de Dios reparte con bondad infinita.

Mas la voluntad, hortelano de tan buenas plantas,

ha de cuidarlas para que produzcan flores de exquisito aroma: y hé aquí ya los cuatro modos de regar el huerto, ó sean cuatro grados de oración que describe la Santa, á saber, la oración común, en que se riega con sacar el agua de un pozo; la de quietud, en que se saca con noria y arcaduces y con un torno; y la de unión, que comprende los dos últimos grados, uno en que el agua viene de un río ú arroyo, y otro en que lo riega el Señor con llover mucho.

El primer grado, la oración común, corresponde á uno de esos actos naturales de atención, en que el objeto de conocimiento, aunque es del orden divino, llega á la inteligencia por medio de operaciones psicofisiológicas humanas, que quiero traer á la memoria.

Recordará el lector que en los preliminares fisíológicos expuse que la atención, acto por el cual la inteligencia se aplica al objeto de su conocimiento, se compone de dos elementos: uno mecánico, en cuanto el alma no puede llevarlo á cabo sin el concurso de sus instrumentos corpóreos, y otro psicológico puro, en cuanto el espíritu ejercita operaciones inmateriales. Y como todo trabajo mecánico se rcaliza con el gasto de fuerzas orgánicas consiguiente, resulta que no se puede atender sin un dispendio de ellas mayor ó menor, según los grados de intensidad desenvueltos por la potencia anímica. Puse allí ejemplos que lo demostraban, y añadí otros probando que la atención se debilita cuando se aplica á más de un objeto, que casi nunca es posible repartirla, y que la única circunstancia que permite atender eficazmente á varias impresiones simultáneas, es la de que todas ellas se refieran á un mismo objeto de conocimiento.

El sujeto, pues, que abandona su organismo bien constituído á los estímulos ordinarios de los agentes externos é internos que llegan hasta él, pero sin atender particularmente á ninguno, permanecerá más ó menos tiempo impasible y sin darse cuenta exacta de sus impresiones. Mas si quiere prestar atención pequeña ó grande á uno de esos estímulos, lo primero que necesita es obligar á los músculos, órganos y nervios del sentido correspondiente á que tomen y conserven durante cierto período la actitud fisiológica precisa para que su facaltad intelectual llegue á conocerlo.

Mientras dichos aparatos orgánicos obedecen el mandato del alma, están en ejercicio activo; mientras funcionan con esta actividad transforman más fuerza material que cuando simplemente vegetan, y mientras continúan actuando de esta manera, reclaman nuevas cantidades de energía. El organismo les presta los elementos necesarios, mas no lo hace sin quitarlos á las demás regiones corporales. Así, la respiración que en circunstancias ordinarias oxigena glóbulos sanguíneos bastantes para el cumplimiento fisiológico de todas las necesidades vitales, no puede proporcionar en estos casos inusitados, ni tanta sangre enriquecida, ni tan rápidamente como sería menester; no sólo porque los pulmones no pueden traspasar los límites de capacidad y funcionalismo que la naturaleza les traza, sinó también porque en tales casos pierden parte de su energia normal; y hé aquí cómo el gasto que hacen los órganos cuya actividad se exagera, es á expensas de una disminución de actividades circulatorias é inervadoras de las otras regiones que no intervienen directamente en el acto de atender.

Pero hay más. No se gasta la misma cantidad de fuerza fisiológica en un trabajo mecánico vital, que en otro psicológico. La razón es obvia: una contracción muscular, un movimiento visceral, por ejemplo, no necesitan más que intervenciones moderadas de parte del sistema nervioso; pero en una operación intelectiva, el instrumento que principalmente sirve al alma es el cerebro, órgano que á más de ser uno de los que consumen más líquido sanguíneo durante su trabajo, provoca al mismo tiempo una disminución de actos respiratorios, tanto mayor, cuanta más energía desenvuelve para obrar.

Resulta, pues, que el exceso de actividad funcional de un aparato corpóreo se lleva á cabo á expensas de las actividades de otras regiones del organismo; y que esta disminución general á que da lugar aquel exceso, es proporcionada á la energía desenvuelta por dicha función, y á la suma de fuerzas que necesita transformar el organismo para realizarla.

Conocidas tales premisas, fácil es darse cuenta de los fenómenos que provoca un acto de atención prolongado é intenso.

El cerebro, forzado á obrar activamente por cierto tiempo, producirá con su trabajo debilidad de todas las funciones orgánicas que no sean las del sentido puesto en ejercicio para atender; y si la atención llega al apogeo de su energía, aquella debilidad aumentará proporcionalmente hasta presentar un grado próximo á la semi-parálisis. Por su parte, la inteligencia aplicada á su objeto de conocimiento actual de un modo casi exclusivo, ya que la atención muy intensa no puede repartirse, no dejará que el alma atienda á nin-

guno de los estímulos que la trasmiten los demás sentidos corporales, ni á las imágenes que la memoria guarda y la imaginación arregla.

Y hé aquí cómo mientras el sujeto sigue prestando atención poderosa y concentrada, permanecerá silencioso, inmóvil, insensible en más ó ménos grado, y con los signos de las funciones vegetativas adormecidos. Es decir, que el sujeto estará extático, propia ó impropiamente dicho, ya que se ha convenido en llamar éxtasis á un estado que se caracteriza por gran actividad de las potencias superiores del espíritu, acompañada de parálisis incipiente de las facultades vegetativa, locomotiva y sensitiva.

Mas como no todos los extáticos presentan los mismos signos, y al contrario, el observador nota diferencias esenciales en la manera de actuar las potencias intelectivas, se ha visto la necesidad de clasificar los éxtasis.

Y en verdad que no sé el nombre propio que he de dar á unos actos humanos, que sin penetrar en los dominios del orden patológico, ni en los del mundo sobrenatural, rompen el molde ordinario de la fisiología, y sorprenden al observador. Por la semejanza que presentan sus caracteres exteriores con los del éxtasis, me inclino á llamarlo éxtasis natural fisiológico; distinguiéndolo así de otros estados parecidos, que en la patología observa el médico, y que denominaré éxtasis natural morboso (1).

Ahora bien; para que se produzca el éxtasis natural fisiológico completo, se necesita que á la concentración de la inteligencia descrita, se junte una sensibilidad exquisita y afectos apasionados fáciles de conmover. Entonces, los fenómenos se hacen más intensos; mas no pierden sus caracteres.

El entusiasmo religioso y el amor patrio pueden extasiar el alma de esta manera, y hacerla extraña á las impresiones sensitivas. La pasión amorosa y el cariño paternal son capaces, en algunos de sus arrebatados impulsos, de conducir al espíritu fuera de los límites ordinarios.

Si se quieren ejemplos, recordaré el de las meditaciones de Arquímedes, los de Trimegistro, Sócrates y Platón, citados por el P. Suárez (1) de los cuales se dice que, absortos en la contemplación, quedaban suspensos; el del sacerdote Restituto, del que cuenta San Agustín (2) que con arte se ponía en éxtasis y se enajenaba de los sentidos cuantas veces quería, si bien oyendo como de lejos; el de Santo Tomás de Aquino cuándo apostrofó bruscamente á los convidados que le rodeaban, diciendo «tengo el argumento decisivo contra los maniqueos;» los de soldados que no sintieron las heridas en el ardor del combate; los de salvajes serenos y sonrientes en medio de mutilaciones horribles, etc., etc.

También debo incluir en esta categoría el éxtasis aparente que llaman los teólogos desvanecimiento extático, que describe así el P. Scarameli (3).

⁽¹⁾ De este modo me conformo con los teólogos, que distinguen un éxtasis divino, otro diabólico y otro natural, según que la causa de ellos sea buena, mala ó indiferente; esto es, Dios, el demonio, ó la naturaleza

⁽¹⁾ Suárez. 1. 2 de orat. c. 15.

⁽²⁾ De civit. Dei, 1. 14. c. 24.

⁽³⁾ Direct. místico: tit. 1.º trat. 3.º cap. XX Trad. española.